

218. NUESTRAS TRIBULACIONES NO SON LAS MAYORES

<380317> *Habacuc 3:17-19.*

E. Stanley Jones narra lo siguiente: “En cierta ocasión regresaba a mi casa después de una larga gira, y naturalmente estaba ansioso por llegar. Pero perdí las conexiones del tren en cinco estaciones, y no pude menos de preguntarme si los ferrocarriles habían preparado una conspiración para impedirme llegar, pues yo no había provocado ninguna de esas dificultades. Recuerdo que en mi perplejidad oraba: “Señor ¿hay algo que quieres enseñarme mediante estas demoras? Te ruego que me lo enseñes y déjame llegar a casa.” Por fin, con veinticuatro horas de retraso llegué a la estación del Silapur en el tren de media noche. En esta época del año, febrero, casi nunca llueve; pero precisamente al poner un pie en la estación estalló una terrible tormenta. Tomé un pequeño coche nativo carente de toda protección, y tardamos dos horas en recorrer los tres kilómetros de la estación a mi casa. Estaba calado hasta los huesos y hacía frío. Pero al llegar a la misión vi una luz en el corredor ¡Cuán acogedora parecía! El misionero que habitaba en la casa fue a mi encuentro en cuanto salté del coche, y corrí por la galería, empapado y compadeciéndome por la serie de inconvenientes que culminaban con esta llegada tan poco feliz. Las primera palabras fueron: “No he cerrado los ojos en toda la noche.” Me detuve y no pude menos de pensar: “Todos los hombres creen que sus tribulaciones son las peores, y muchas veces los obreros del Señor son los más propensos a ello; muchas veces cedemos a tal tentación cuando nos referimos a todas las cargas que gravitan sobre nosotros. Hay que afrontarlo todo con buena voluntad y entereza y recordar que no hay ningún mérito en testificar cuando todo va bien.”